

Todo a mil

Javier Gomá Lanzón

Todo a mil

33 microensayos de filosofía mundana

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

El rotar de las estaciones

Hubo un tiempo, al terminar mis estudios de filología clásica, extraviado en esa tierra de nadie entre la universidad y la profesión, en que si alguien me preguntaba de buena fe a qué me dedicaba necesitaba varios minutos para balbucir, entre zozobras, alguna mínima razón de mi vida. Mezclaba confusamente realidad y deseo para sugerir una posición en el mundo que estaba lejos de disfrutar. Yo era consciente de que tantas explicaciones eran un mal síntoma. Envidiaba la respetabilidad de mis amigos, la mayoría de los cuales estaban en condiciones de contestar a la pregunta con un simple «soy abogado», «soy ingeniero», «soy profesor» o incluso «soy artista», y ya está. Frente a ello, mis meandros interminables se me antojaban a mí mismo sospechosos. Al cabo de los años y con mucho esfuerzo, felizmente he conseguido compendiar mi vida profesional en cuatro o cinco palabras. ¡Qué placer! Con todo, de aquella época incierta he conservado una suspicacia insuperable hacia la prolijidad verbal.

Si hay alguna disciplina en que la hemorragia retórica y discursiva ha parecido a muchos disculpable es la filosofía. Al filósofo se le ha permitido tradicionalmente que se explaye por entender que la abstrusa materia que trabaja demanda largas y oscuras parrafadas. Ortega y Gasset pidió al filósofo la cortesía de la claridad. Si no sabes decirlo con conceptos luminosos, es que no lo sabes, arguye contra la plaga de los filósofos oscuros. Al requerimiento orteguiano de claridad las circunstancias del momento presente, en continua transformación, añaden otro segundo no menos acuciante: la brevedad. El mundo corre hoy muy deprisa, así que quien tenga

algo que decir, que lo haga derechamente y con la mayor economía de tiempo. «Más vale quinaesencias que fárragos», escribió Baltasar Gracián y así concentró él mismo una gran verdad en cinco voces. Quien auténticamente sabe algo, sabe también comunicarlo en breve espacio.

Breve espacio, por ejemplo mil palabras. La claridad es achaque personal mío de siempre, pero la brevedad vino en este caso venturosamente dada por el espacio establecido para mi colaboración en *Babelia*, suplemento literario de *El País*, donde, desde marzo de 2010, con la excepción de uno anterior, salieron todos los ensayos que ahora se reúnen, varios de los cuales, en virtud de un convenio entre ambos diarios, se publicaron también en *La Nación* de Argentina. En mil palabras había que decirlo todo, en mil palabras había que hablar sobre el todo de la vida humana, y hacerlo por añadidura de una forma que sedujera la inteligencia de lectores que, como se dice en la locuela castiza, «van a mil» por la vida. El espíritu que anima esta colección de ensayos se resume así en su título: *Todo a mil*.

O quizá debería hablar de microensayos. El pie forzado de la extensión lo tomé desde el principio como una oportunidad para testar mis ideas en ese gran salón mundano que son los lectores de un periódico. En otro lugar defendí que el designio de la filosofía contemporánea es hacerse mundana. Sin necesidad de repetir los argumentos entonces expuestos sobre la perentoria socialización del filósofo, me limito a recordar ahora la regla de verificación de las proposiciones teóricas que allí postulaba:

Sería conveniente que, antes de lanzar una verdad al mundo, ésta superase un previo «test de mundanidad». La verdad, además de racional, habría de demostrar también ser suficientemente razonable y esto quiere decir capaz de persuadir y de infundir veracidad a una comunidad de personas cultivadas y sensibles. Si uno cree tener una idea nueva, que pruebe a contarla en la sobremesa de una comida de negocios, en una reunión de amigos, en una celebración familiar, en una conferen-

cia o en una entrevista periodística. Con este test se constataría si esos nuevos conceptos que ha discurrido son convertibles o no en moneda corriente de curso legal. Si, en las situaciones descritas, las ideas no transmiten emoción o no despiertan interés es que no son interesantes, y si no son interesantes es que, en último término, tampoco son verdaderas.¹

Los artículos ensayísticos que, cada tres semanas, conforme al ritmo acordado de mi colaboración, mandaba puntualmente al suplemento, sometiéndolos al juicio del lector común del periódico, los tomaba yo como el particular «test de mundanidad» con que debía contrastar mi pensamiento, nacido en el curso de solitarias e inflamadas meditaciones. El objetivo era, en un millar de palabras, introducir blanda y suavemente al lector culto y sensible pero no especializado en la almendra de la reflexión filosófica, sus materias y sus usos, sirviéndome para ello de un estilo más literario que técnico, rebozado, cuando la ocasión lo permitiera, de anécdotas cotidianas, de humor y de emoción poética. Y también, idealmente, intrigar a los estudiantes del colegio y de la universidad no iniciados en la filosofía ofreciéndoles un vehículo pedagógico que les trasladase con rapidez a ese universo de las ideas donde, bien mirado, toda velocidad sobra.

Así por ejemplo, algunos de estos microensayos se arriesgan a definir con precisión y a la vista de todos cuestiones normalmente difusas como la vocación literaria, la sabiduría frente a la inteligencia, la dignidad humana o la verdad del mito; hay otros que, o bien abogan por determinadas actitudes a contracorriente, como el occidentalismo, los beneficios de estar sentado, el desdén hacia las novedades, las ventajas del chisme o la afirmación gozosa de nuestro tiempo, o bien critican ideas recibidas tan asentadas como el prestigio de la transgresión, la noción tradicional de «vida privada», el predominio de las subjetividades excéntricas o

1. «Ensayo de filosofía mundana», en *Ingenuidad aprendida*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, p. 30.

la molesta tendencia a la sinceridad excesiva; otros más toman posición respecto al incierto futuro del sexo placentero, el carácter sagrado de la atención dada en préstamo, la total inexistencia de genios desconocidos, la responsabilidad de la crisis o el significado profundo de la paz social conquistada por el Estado de Derecho; mientras otros, en fin, expresan la voz más personal del autor, quien dice con énfasis que lo quiere todo en la vida sin renunciar a nada, se recrea en la mortalidad humana frente a los dioses inmortales, ahuyenta sus terrores infantiles para seguir disfrutando de su finitud, anticipa la imagen que dejará cuando muera, desmiente capciosos rumores o, sencillamente, contempla con delicia un atardecer.

Por vocación, soy un autor sistemático. No me refiero tanto a que pretenda crear un sistema al modo de Hegel sino al hecho de que el puñado de ideas que, como lenguas de fuego, un día vislumbré a la sombra del tamarindo, las mismas que llevo más de treinta años cultivando con demorada delectación, las veo siempre anudadas, en su conexión mutua. Ocupado, absorbido como estaba por establecer y fijar por escrito esas solidaridades intelectuales, durante largos años me apliqué en exclusiva a la composición de libros, el único artefacto hasta hoy inventado capaz de soportar la polifonía de voces que es propia del sistema.

Pero, cuando en 2009 di a las prensas *Ejemplaridad pública*, el tercero de un plan de cuatro libros sobre el concepto de ejemplaridad, aunque dicho plan no estaba aún ejecutado en su totalidad, sí comparecía ya maduro en mi mente y me sentí por primera vez dueño de mi visión del mundo y, desde ese momento, abierto a nuevas formas de expresión y habilitado para dirigirme al público mayoritario. Sabía que, contra lo que es costumbre, yo sólo podría pronunciar una palabra sensata sobre los aspectos concretos de la realidad cuando me hubiera formado una visión propia del conjunto, porque, en mi caso, lo general precede siempre a lo particular. Y en ésas estaba cuando un buen día Goyo Rodríguez, subdirector de *El País* –instigado por Jesús Ruiz

Mantilla, periodista, ensayista y novelista— me invitó muy oportunamente a iniciar la colaboración que he mencionado antes. Desde entonces pude ensayar periódicamente nuevos temas no tocados en mis libros o, cuando volvía sobre los ya trabajados en ellos, probar tonos, inflexiones o modulaciones diferentes, algo de lo que la rígida aproximación sistemática me obliga de ordinario a prescindir.

Desde que redacté el primero de los ensayos, pensé en este libro que ahora los reúne. Cada vez, elegía el tema y la tonalidad que quería darle pensando en el anterior ya publicado y en el posterior ya proyectado, anticipando así en mi mente la cadena que conformaría la secuencia del libro futuro y su deseable equilibrio final. Pero, a diferencia de un libro que sale al mercado de una vez en una fecha determinada, éste apareció por entregas, como era corriente en las novelas decimonónicas, lo que me permitió tener en cuenta el momento de su aparición y los humores que de ordinario las estaciones del año producen en el lector y le predisponen, según creo, a una especial recepción de lo leído. Por fidelidad a esta segunda fuente de inspiración de los ensayos, real o imaginada, *Todo a mil* los presenta agrupados cronológicamente por las estaciones en que vieron la luz.

Primavera, verano, otoño, invierno, otra vez primavera... El rotar de las estaciones nos recuerda que este mundo ofrece una pluralidad de escenarios pero también que el número de ellos no es infinito. La pluralidad en este caso no conduce a un relativismo incontrolable de situaciones en el que todo es posible porque, cuando la multiplicidad alcanza un cierto número todavía corto, empieza la repetición: la flor, el sol, la hoja seca, la nieve, otra vez la flor. Por debajo de la variación de las cosas se insinúa una continuidad, el eterno retorno de lo mismo. Los escenarios del mundo acaban repitiéndose y estas regularidades permiten las generalizaciones del pensamiento.

Pero, por otro lado, las estaciones en continua rotación nunca son idénticas para el hombre. Cuando, una mañana, la fragancia de las flores nos sorprende despertando nues-

tros sentidos, aletargados durante el frío invierno, nos decimos: «Ya está aquí otra vez». Una primavera más que se acumula a las anteriores. Y, sin embargo, nada es igual, porque quien ha mutado ha sido el hombre. El aroma de la flor es el mismo de la primavera anterior pero el hombre que percibe su esencia perfumada ha envejecido doce meses. En cada estación del año, el hombre es distinto porque ha avanzado unos pasos más en el camino de la vida.

Las estaciones rotan en la rueda de la naturaleza, los hombres avanzan en el camino de la vida. Estos ensayos desean ser un cruce entre rotación y camino. Quieren decir algo sobre la naturaleza inalterable del hombre, pero hacerlo desde la perspectiva dinámica del caminante que avanza por una senda cuya silueta se pierde en la línea del horizonte.